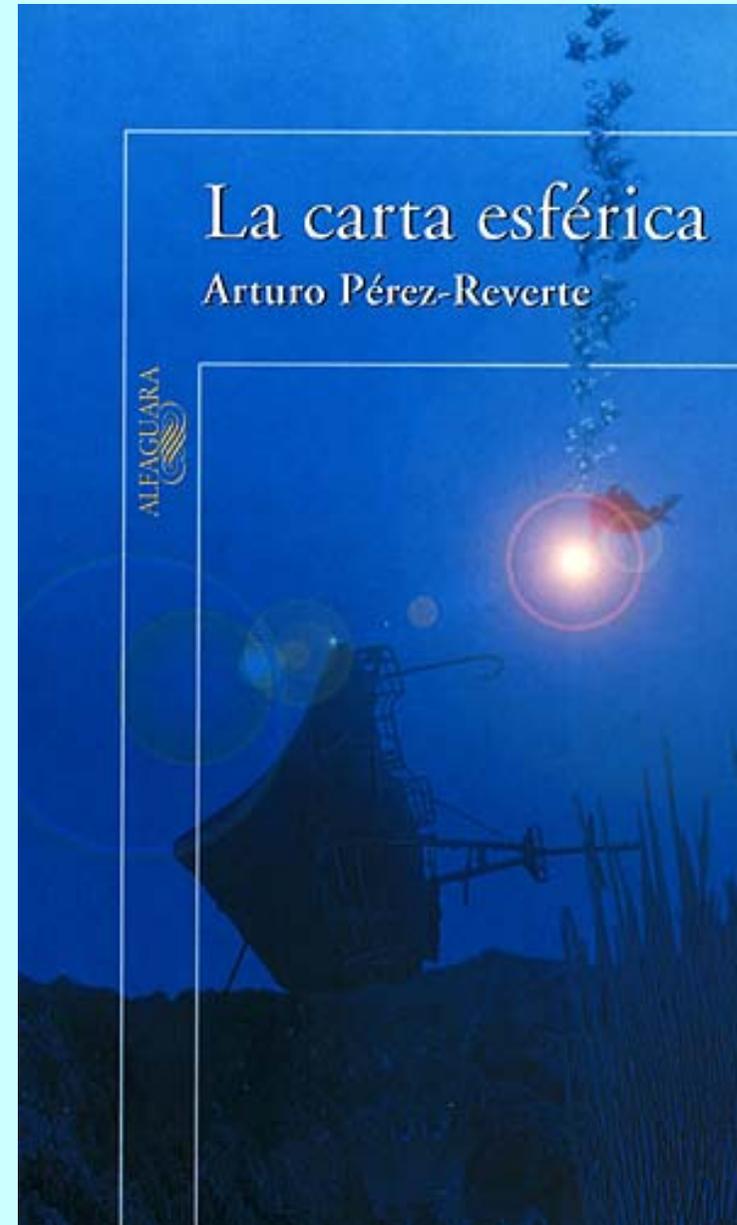
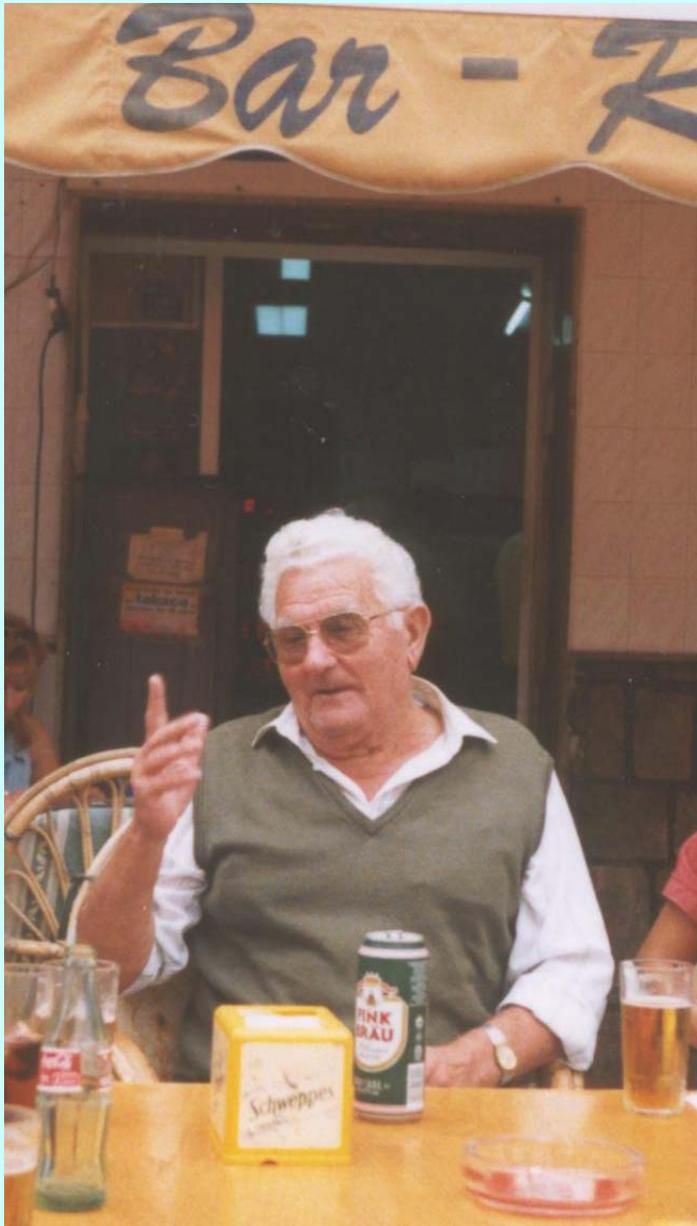


PACO, EL PILOTO



Y ambos fumaron el mismo primer cigarrillo: el que les ofreció El Piloto, un marino apuesto y valiente que les enseñó a navegar...



Arturo: Paco el Piloto, además de mi amigo, es un viejo marinero. Ahora está jubilado, ha tenido que vender su barco, pero navegué con él de pequeño. Es de los últimos representantes del marino portuario mediterráneo, un prototipo. Es un personaje absolutamente literario, lleno de vida, de anécdotas, de malicia, de picaresca y de buen humor, todo mezclado, y al mismo tiempo gente cabal, buena gente. Por eso lo metí tal cual en la novela, y con su apodo, el Piloto, sólo que en vez de Paco se llama Pedro. Lo puse un poco más joven, aparece con 58 o 60 años, cuando todavía era un tipo cachas, moreno, las mujeres se volvían locas por él. Entonces era el mejor bailarín que había en Cartagena.

(A Piloto) ¿cómo recuerda a Arturo?

Piloto: Un verano apareció por el muelle. Le dije: ¿dónde vas?, y él me contestó: «¿Me permite usted que suba al barco?». Súbete, le dije. Le di las explicaciones de las cosas que tiene el puerto, los barcos de guerra, los submarinos..., y un cigarrillo, el primer cigarro que él fumó. Nos hicimos muy amigos. Lo orienté también, le expliqué cómo se buceaba desde las rocas... Sacábamos ánforas del fondo del mar. En aquella época el fondo estaba lleno de ánforas romanas, de naufragios de barcos antiguos, fenicios, griegos, cartagineses, romanos... Había que buscarse la vida, había que navegar, contrabandear un poco, trapichear con el guarda...

El Piloto hacía el trabajo sucio, el trabajo duro y peligroso. Otros eran los que ganaban el dinero, pero con eso se ganaba la vida y era feliz.

El único personaje tomado de la realidad. Pedro el Piloto es Paco el Piloto, el pescador y contrabandista que enseñó al joven Reverte los secretos del mar y de la vida. Le dio su primer pitillo

Lo que pasa es que, bueno, el mar es muy perro y muy malo, el mar, como decía el Piloto, es una niña bonita una semana de agosto; el resto del tiempo es muy perro y muy malvado. Entonces, a lo más que puedes aspirar es a que el mar te tolere, a que te deje estar ahí; si tú cumples las reglas, si eres buen marino, si tienes lucidez, si tienes talento para navegar, si conoces lo que estás haciendo, el mar te permite estar ahí, pero, aun así, si quiere, te mata, aun así, dice "bueno, vale, has hecho todo lo que querías hacer pero te voy a matar". El mar siempre te puede, aunque la sensación, al menos, es la de que no me voy como un imbécil, como un dominguero, me voy como alguien que ha llegado al punto en el cual tiene que irse, me voy como un hombre cabal que ha hecho lo que tenía que hacer. Esa sensación de que sé en qué latitud, longitud, estoy cuando el mar me mata, ese tipo de cosas, es algo que te hace sentir bien. Cuando llegas y, después de seis días de navegación, ves que el faro está donde tú esperabas que estuviera y que lo has hecho bien, dices "¡diablos, soy marino!"; eso es algo que es muy especial, y para mí eso es lo que tiene el mar.

Hay un personaje que aparece siempre en la retaguardia pero que, al mismo tiempo, representa a la sabiduría, que es el Piloto. A mí me gustaría que nos hablaras del Piloto, porque sé, además, que el Piloto existe.

(...)

A. P-R.: *El Piloto es eso que todos hemos soñado de niños. El capitán Ojo de Halcón, ese tipo silencioso, veterano, curtido, duro, del que uno aprende, que siempre está a tu lado, es el amigo perfecto que uno cree que solamente está en los libros, pero, si uno se fija y va por la vida fijándose, se da cuenta de que es posible encontrarlo fuera de ellos. Yo me acuerdo de que tenía 12 años y vi un tipo con un tatuaje, un tatuaje con una mujer que llevaba el timón de un barco, y él tenía una pinta..., era un tipo muy guapo, era joven, muy alto, el pelo blanco muy corto, ojos azules..., las turistas se volvían locas con él, en todos los bares de lumis del puerto las chicas querían bailar con él, era un tipo singularísimo, medio contrabandista, ese tipo de novela, pero, al mismo tiempo, para él era muy normal, muy sencillo, era su forma de ser, su forma de vivir, y a mí me fascinó cuando lo conocí. Yo iba con él, me subía en el barco, me contaba, navegábamos juntos, hicimos contrabando juntos, salíamos por la noche a por tabaco a los mercantes, yo le ayudaba a desembarcarlo...; para mí fue mi primer compañero de aventuras, realmente, de verdad, y, bueno, está vinculado a mi vida de siempre, y siempre lo estuvo, y hemos navegado mucho juntos y hemos pasado muchas cosas juntos, buenas y malas, y a la hora de contar una historia en la cual el mar estaba presente, él tenía que estar ahí.*

- De una manera muy positiva, casi como un maestro, ¿verdad?

A. P-R.: *Claro, fue mi capitán Haddock. Yo de pequeño soñaba con tener amigos como Athos, como D'Artagnan, como Porthos, como Ojo de Halcón...; como te he dicho antes, esos amigos nobles, generosos y valientes, y duros, que además peleaban junto a tí y nunca te dejaban tirado, que la vida te dio el privilegio de tener; después, ésta misma me ha dado la suerte de que me los ha ido poniendo delante, los he tenido y los sigo teniendo. El gran privilegio de mi vida quizá sean los amigos; tengo una docena de amigos de ese tipo, de los que soñaba tener de pequeño, y es de lo que más orgulloso estoy; que tipos como el Piloto digan que soy amigo de ellos, eso, me hace sentir muy orgulloso. Algo bueno tendré, pienso, ¿no?, cuando un tipo como el Piloto me respeta y dice que soy su amigo; eso es algo bueno, y hace que me sienta muy bien. Es como cuando una mujer singular te dice que te quiere, o cualquier cosa agradable: dices "bueno, pues si esta mujer me dice esto, algo bueno habré hecho para que la vida me dé este premio".*

- Además nos estás hablando de un mundo en extinción, quizá el Piloto también lo es.

A. P-R.: *Sí, el Piloto pertenece a un tipo de hombres que salen en mis novelas y que ya no existen, el mundo ya no los acepta como eran, por eso ha tenido que vender su barco. Tengo nostalgia de esa gente que se va e intento fijar en la novela ese mundo para que no se pierda del todo.*



<http://www.icorso.com/foro.html>

El Gramola



He tardado casi cuarenta años en desvelar el enigma, pero al fin lo conseguí. Ocurrió el otro día, cuando amarré en Cartagena con lebeche suave y buena mar, y me fui con Paco el Piloto a beber unas cañas para hablar de barcos, y de la vida. Y estando sentados frente al puerto, en la terraza del bar Valencia, empezamos a charlar de los viejos tiempos, y de cuando yo era un crío que curioseaba entre los barcos amarrados y los tinglados y grúas de los muelles. Y salieron personajes de entonces, resaca de la vida que cualquier puerto hacía numerosa en aquellos tiempos. Tipos pintorescos, graciosos, singulares, que permanecen anclados en mi infancia. Unos porque los conocí, y otros porque oí hablar de ellos. Muchos eran infelices, pobre gente objeto de las burlas de las tertulias y los bares del puerto y la calle Mayor. Se llamaban Popeye, Antoñico, el Curiana, o aquellos legendarios Pichi, el Negro del Muelle, el Jaqueta —que toreaba a los automóviles con periódicos y saludaba luego a un tendido imaginario—, y don Ginés, que durante la guerra mundial se había creído Hitler, y pasó el resto de su vida escuchando a los guasones locales preguntarle, muy serios, qué tal iban las cosas por el Tercer Reich. También estaba aquel cochero de la funeraria al que los chiquillos le decían, en choteo: «¿Nos das una vuelta?», y él contestaba: «Cuando se muera tu madre la voy a llevar por todos los baches».

El Piloto los había conocido a todos, y yo recordaba a la mayor parte. Incluido el Ratón, que pescaba gatos con un anzuelo y una sardina y luego se los guisaba con arroz. Eran otros tiempos: finales de los años cincuenta, y los niños mirábamos a tales personajes con una mezcla de temor y admiración. Eramos crueles como puede serlo la naturaleza de un crío acicateada por la maldad o la falta de caridad de los adultos. Algunos eran objeto de nuestras burlas; y ahora no puedo evitar, al recordarlo, una incómoda sensación. Supongo que el nombre es remordimiento. Y ese remordimiento es hoy más intenso por el recuerdo del Gramola.

Federico Trillo, que ahora manda huevos, o mis amigos Elías Madrid Corredera y Miguel Cebrián Pazos lo recordarán bien, pues nos lo encontrábamos vendiendo lotería a la salida de los Maristas. El Gramola lucía despereja dentadura y

gafas muy gruesas. Tenía muy poca vista, y se veía obligado a acercarse mucho los décimos a los ojos para verles el número. Su voz cascada, chirriante, sonaba por las esquinas anunciando el siguiente sorteo. Los graciosos de los bares —un cartagenero sentado a la puerta de un bar muerde hasta con la boca cerrada— nos decían a los niños, por lo bajini, que le preguntáramos por la Vieja. Nosotros no sabíamos quién era aquella vieja, pero nos fascinaba el efecto de mencionarla. Bastaba con acercarnos y decir: «Gramola, ¿y la Vieja?», y de pronto el pobre hombre se volvía un basilisco, nos buscaba con sus ojos miopes y blandía las tiras de décimos fulminándonos con aquella maldición suya que nosotros, asustados y emocionados, esperábamos a quemarropa: «Ojalá le salga a tu padre un cáncer negro en la punta del pijo».

Nunca supe quién era aquella Vieja, y en esa ignorancia permanecí hasta que, entre caña y caña, Paco el Piloto sacó a relucir al Gramola. Yo le comenté lo de la Vieja, y el Piloto me miró con sus veteranos ojos azules descoloridos de sol, mar y viento. Me miró un rato callado y luego dijo que la Vieja no era sino una pobre mujer que había sustituido a la verdadera madre del Gramola, que en su juventud, decían, había sido puta. La llamaban la Valenciana, añadió. Y el Gramola, que era un hombre pacífico y un infeliz, se ponía fuera de sí cada vez que le recordaban su presunto origen.

Luego el Piloto se encogió de hombros y pidió otra caña, y yo me quedé dándole vueltas a aquello. Pensando: hay que ver, y qué perra es la vida. Uno la vive, y camina mientras lo hace, y nunca sabe con exactitud cuántos cadáveres va dejando atrás en el camino. Gente a la que matas por descuido, por indiferencia, por estupidez. Por simple ignorancia. Y a veces, muy de vez en cuando, uno de esos fantasmas aparece de pronto en la espuma de un vaso de cerveza, y te das cuenta de que es demasiado tarde para volver atrás y remediar lo que ya no tiene remedio. Demasiado tarde para correr a la esquina de la calle Mayor, balbucear "Gramola, lo siento" o qué sé yo. Para comprarle, tal vez, hasta el último de aquellos humildes, entrañables, décimos de lotería.

25 de abril de 1999

EL BAR DE LOLA



Hoy van a permitir ustedes que vuelva a tomar unas cervezas con un amigo, esta vez en el bar de Lola. Ese bar es imaginario sólo hasta cierto punto. Tiene antiguos azulejos en las paredes, un par de barricas de roble que huelen a vino añejo, y dos viejos carteles: anís del Mono y Fundador. Hay otro anuncio en la fachada, también de azulejos, que dice: Nitrato de Chile. En cuanto a Lola, es una belleza morena, cuarentona, ajada pero reteniendo mucho poderío, con esa callada lucidez que dan la vida y los años en la barra de un bar. La clientela es fundamental: borrachines que desayunan vasos de vino o carajillos de Magno a las nueve de la mañana, alcohólicos anónimos sin complejos, trabajadores del puerto, albañiles y fontaneros con bocatas y botellines, y tipos así. Hasta el Piloto asoma de vez en cuando, enciende un pitillo y se toma su caña, silencioso, en un rincón. Por las noches, los fines de semana, el sitio se anima con jóvenes que van de vinos y coexisten pacíficamente con la parroquia de diario. Ese es el bar de Lola.

La cerveza de hoy la paga Antonio, Toni para los amigos. Y yo soy su amigo. Antonio tiene veintisiete tacos, y es un pegahierros, o sea, un soldador sin más estudios que los justos, con todas las pasiones oportunas, y todavía capaz de soltar la lágrima, cuatro copas por encima de la línea de flotación, con el Canto a la libertad de su paisano Labordeta. Aunque conviene precisar que, por lo general, las lágrimas de Antonio son lágrimas de rabia. Porque hay lloros y lloros, y cada cual llora según como es y se siente. Antonio es y se siente lancero del cuadro de Velázquez, pero de los del fondo. De los que sólo se ve la lanza. Antonio le mira las tetas a Lola entre tiento y tiento a las cañas.

Las tetas de Lola, dicho sea de paso, son espléndidas, y según los escotes de sus blusas, morenas y sabias. Todos se las miramos ya ella no le importa porque lo hacemos con respeto, de forma objetiva, igual que contemplas una hermosa puesta de solo a un crío jugando en un parque. El caso es que Antonio mira lo que mira, pide otras dos cañas, y me dice: fíjate, colega, el problema es que ni yo ni mis alrededores existimos en este puto país. Llevo currando desde los dieciséis como un cabrón. He leído encuestas, estudios demográficos y otras murgas, y la verdad es que no sé de qué país de Walt Disney hablan cuando nos hablan. Cada vez que llego a casa reventado y pongo la tele, me salen niñatos guapos, listos, con buen rollito, o sea, unos pijos de diseño que te cagan. Y al loro cantimploro, tío, nunca se les ve

trabajar –mucho menos como yo, con mono, porque eso sí, estudian siempre aunque tengan treinta tacos, y con unos problemas trascendentales que te descojonas de risa. y la gente va y se lo cree y encima termina pareciéndose a ellos, fíjate. Se lo tragan todo con patatas y España va bien, y somos europeos y la pera limonera, porque luego te encuentras a sus clones como ovejas Dolly, guapitos de cara que salen en las encuestas y en los telediarios, todos super-realizados, con curros súper-súper, que resulta que ahora todos los que veo en el metro a las siete de la mañana con cara de zombis, camino del andamio o del taller, son alucinaciones mías. Así que cuéntame qué coño pasa, tú que tienes estudios.

Porque o la gente no es gente y son marcianos, o yo soy gilipollas, o el marciano y gilipollas soy yo, y lo que veo todos los días es mentira. Lola nos ha puesto otras dos cervezas, y por un momento he pensado en pedirle que ponga también algo de ñaki Askunze, que me gusta tenerlo de fondo cuando me las tomo con los amigos; pero al fin medito y decido que Antonio no está para músicas. Así que me calzo media caña, asintiendo de vez en cuando porque comprendo que mi amigo no busca respuestas sino desahogo. Y así lo sigo oyendo decir, colega, que en este país tan europeo y que va tan de puta madre, hasta los principitos y las principitas tienen dieciséis carreras y la del galgo, y les gusta esquiar y montar a caballo e ir en yate de lujo, no te jode, ya mi mujer ya mí también -Antonio está casado con una morenita de pelo que le quita el sentido-; pero ella y yo tenemos la mala costumbre de comer todos los días y pagar el piso. Ya ves. De manera que, bueno, quizás lo mejor es manifestarse pacíficamente cuando hay ocasión, reclamar por los cauces legales y demás, ya sabes. Pero siempre te pegas con el muro de los golfos y los aprovechados y los mangantes, y lloras de rabia y de impotencia ante las perrerías que te hacen, y encima acojonado por si te echan del curro y te quedas mojama, mirándote la parienta. ¿Cómo lo ves?... Y yo, en lugar de decirle cómo lo veo, que maldito lo que necesita que lo diga, le pido a Lola otras dos cañas. Y Antonio termina así: «Hay días en que oyes eso de que España va bien, y te dan ganas de hacerte maquis, echarte al monte, y el que más chifle, capador». Eso es lo que me dice Antonio mientras tomamos cañas en el bar de Lola.



Lejos de los aplausos

El bar de Lola está tranquilo esta noche. Música suave y las luces del puerto tras la ventana, al extremo de la calle. Tarará tarará, suena la minicadena colocada entre dos botellas de Fundador, en un estante. Es la hora de los amigos que saben estar callados. El Piloto, Octavio Pernas, el gallego irreductible, y Pepe Sánchez, el malagueño de Cuevas del Becerro, beben a mi lado, apoyados en la barra, sin abrir la boca. Lola seca vasos al otro lado, o se entretiene haciendo cuentas de pesetas a euros. De vez en cuando le miramos el escote y seguimos bebiendo en silencio. Se está bien aquí, así. Callados, mirando.

Pensando.

Y qué pasa, dice de pronto Pepe Sánchez, cuando a Manolo, el último héroe, se le acaba el partido. Dice eso y los otros nos quedamos inmóviles sobre nuestras ginebras azules, y hasta Lola se para con un vaso en alto, a medio secar. Pero Pepe no se corta. Qué pasa, insiste, cuando el artículo que escribiste sobre el futbolista Manolo, ¿te acuerdas?, se convierte en un viejo recorte amarillo. Cuando pasa el tiempo y la gente se olvida de él, y sus compañeros de equipo y su entrenador sólo recuerdan que pudo meter el gol y no quiso, por tirarselas de hidalgo. Y entonces, al cabo de unos días, van y lo echan a la puta calle. El Piloto me mira, leal como siempre, seguro de que tengo una respuesta adecuada para eso. Y Octavio se ríe por lo bajini. Pasa, comenta el gallego, que Manolo no es el último héroe sino el último gilipollas. Pasa que le dan por saco bien dado. Que, como premio a su noble, termina en el paro y ya no le ficha ningún club. Que al final la vida demuestra que quienes tenían razón eran aquellos a quienes nunca importó cómo ganar el partido. Que los que juegan sucio pero ganan son halagados y agasajados en todas partes, y que a estas horas el pobre Manolo estará tirado en una esquina, sin que nadie se acuerde de él. Algunos lo sabemos por experiencia.

El Piloto sigue observándome sin abrir la boca. Día algo, apremian sus ojos grises. Seguro que puedes cerrarle la boca a estos colegas. Pero yo no estoy tan seguro. Acabo de leer la historia de Santos González Roncal, el trompeta aragonés de Baler, otro último héroe, precisamente un de los últimos de Filipinas, que estuvo sepultado durante mucho tiempo en una tumba sin cruz ni nombre después de que, ya anciano, un grupo de falangistas y guardias civiles lo fusilaran en el 36 mientras pedía en vano que antes le permitieran ponerse su vieja casaca

con sus medallas. También acabo de oír la historia de los honorables jueces que el otro día excarcelaron a un par de narcotraficantes en vísperas del juicio. Acabo de leer y de oír y de mirar como cada día. Y tal vez, Piloto, tengan razón estos dos aguafiestas, concluyo hundiendo la nariz en mi vaso. Los dos aguafiestas ni se inmutan. Lola me mira muy fijo. Te encuentro bajo de moral esta noche, comenta. Es que, respondo, vivo en España, y a veces me doy demasiada cuenta.

Y sin embargo, dice el Piloto. Lo miramos esperando que siga, pero ya no sigue. Ha dicho cuanto tenía que decir, así que enciende un cigarrillo y mira por la ventana hacia las luces del puerto. Pero yo sé lo que dice sin decirlo. Sin embargo, recuerda su mirada silenciosa a veces te pega el levante duro allá afuera y estás solo y no hay público que aplauda ni cristo bendito que te ayude, y puedes elegir entre echarte a llorar o apretar los dientes y pelearte con la mar y con Dios. O estás solo en casa, o perdido en mitad de una calle o de la vida, o cavando tu propia fosa con un fusil en el cogote sin que te dejen ponerte las viejas medallas, y te dices bueno, claro, la verdad es que con claqué y aplausos puede ser héroe cualquier tonto del culo a poco que lo animen. La cuestión es cuando estás perdido en el busca igual que Pulgarcito, solo como un perro, y ves las cosas como son, y no te haces ilusiones sobre el momento en la plaza de tu pueblo, y a fin de cuentas el asunto se dirime entre tú y tú mismo. Con mucha suerte, en el mejor de los casos puede haber una mujer, un hombre, tal vez un hijo que te miran. Que comprenden, o no. Que saben por qué haces lo que haces y no lo que no haces, o que un día, rebobinando la escena, quizás lo sepan. Y si no pues oye. Qué cojones. Tampoco tiene tanta importancia. Todo eso dice el Piloto en el bar de Lola sin abrir la boca. Y Octavio y Pepe Sánchez lo escuchan como yo; y a regañadientes inclinan la cabeza y asienten al fin, porque saben que el Piloto tiene razón. Entonces Lola cambia el cedé en la minicadena, y entre las botellas polvorientas de Fundador suena Yo te diré. Por los héroes, comenta alguien, levantando la copa azul. O tal vez no lo comenta nadie, sino que viene en las palabras de la canción. Entonces todos levantamos la copa, despacio, y Lola nos mira y dice: a ésta os invito yo.

Esa chusma del mar

Miro la foto del *Prestige* hundiéndose en el Atlántico, y la del capitán Apóstolos Maguras en tierra, entre dos picoletos, con una ruina que se va de vareta -ruinakos totalis lakagastis, capitánides-, y me digo que, pese a la modernidad, a los satélites y a todas esas cosas, el mar sigue siendo lo que siempre fue: un mundo hostil, de una maldad despiadada, del que los dioses emigraron hace diez mil años. Un sitio con reglas estrictas, incluido que a partir de cierto punto no hay reglas y todo se vuelve puro azar. Océanos que dan de comer, enriquecen, arruinan y matan a quienes los navegan. Cambian los tiempos y los modos, claro. Ahora todo eso está informatizado, cotiza en bolsa, abre telediaros, y hasta la prensa rosa disparata a título de experta en la materia. Ahora, también, los daños ecológicos, en un planeta gris que se está yendo a tomar por saco sin remedio, son más devastadores e irreparables. Pero al margen de la ecología, la incompetencia gubernamental, la demagogia, la ignorancia, las buenas intenciones, la legislación marítima y otros etcéteras, las cosas son como siempre fueron. El mar siguen navegándolo y explotándolo quienes se buscan el jornal, pasándose a veces por el forro las normas y los principios porque tienen letras que pagar, hijos a los que alimentar, Bemeuves que ambicionar, señoras caras a las que calzarse; y, frente a eso, a muchos el mañana les importa una mierda. Más o menos como quienes se lo montan en tierra. Lo que pasa es que, a veces, en un barco se nota más. Y los marinos golfos quedan bien en las novelas de aventuras, pero fatal en titulares de prensa cuando meten la gamba: contrabandistas, mercenarios, piratas. Qué cosas. Casi nadie ha dicho estos días que el capitán Maguras se arrimó a la costa haciendo lo que muchos marinos harían en un temporal con un buque averiado: proteger los intereses de su armador y buscar un puerto o un refugio para la tripulación, el barco y la carga. Los conozco un poquito nada más, pero me vale. Primero, cuando joven lector, gracias a novelas como esa de Traven, *El barco de la muerte*, o el *Lord Jim* de Conrad, que explican muy bien de qué; va la cosa -navegar literariamente a bordo del *Yorikke* o del *Patna* enseña mucho-. Más tarde, como cualquiera que frecuente el mar y los puertos, me los topé aquí y allá, con sus viejos cascarones oxidados y el nombre repintado cuatro o cinco veces, luciendo matrículas y pabellones no ya de conveniencia, sino imposibles. Los he visto limpiando sentinas o tanques entre una mancha



de petróleo, varados en playas de África y América como buques fantasmas, abandonados en muelles con o sin tripulación, apresados con toneladas de droga dentro. Escucho las charlas de sus tripulantes por radio -Mario, filipino monkey, nazarovia y todo eso- las noches que estoy de guardia en el mar, las velas arriba, vigilando sus putas luces roja y verde que no me manibran nunca. También hay experiencias más concretas; como el caso del *Tintore*, mi primer contacto, hace treinta y cuatro años, con un barco raro -igual lo cuento un día si estoy bastante mamado-: O aquello que recordará Paco el Piloto: lo de Juanito Caminador y la isla de Escombreras por el lado de afuera. O lo del bar Sunderland, en Rosario, la noche del barco que se hundió, glub, glub, justo cuando iba a caducarle el seguro, O ese amigo que se forró traficando con crudo nigeriano y una vez me hizo un favor en Malabo. O los pedazos de chatarra flotante cargados con armas y comida, a cuyos armadores y capitanes solté una pasta gansa -dólares del diario *Pueblo* para que me embarcaran en puertos griegos, turcos y chi priotas rumbo a Sidón, Beirut o Junieh, cuando la guerra del Líbano a finales de los setenta y principios de los ochenta, incluido el capitán Georgos -en *La carta esférica* aparece bajo el nombre de Sigur Raufoss-, que en la madrugada del 2 de julio de 1982, burlando el bloqueo israelí, le jugó la del chino a una patrullera, conmigo a bordo, sentado sobre mi mochila el cubierta y bastante acojonado por cierto, diez millas a poniente de la farola de Ramkin Islet. Resumiendo: algunos, una panda de cabrones. Pero el mar es su medio de vida, y seguirán ahí mientras haya algo que flote para subirse encima y sacarle un beneficio. Por muchas vueltas de tuerca que den las leyes, siempre quedarán rendijas por donde cierta chusma y ciertos barcos seguirán colándose en el telediaro y en nuestras vidas. Trampeando, contaminando. Pero, entre toda la cuerda de golfos, los tipos como el capitán Apóstolos Magura y sus filipinos -éstos suelen ser buenos marineros: no vayan a creer- me caen mejor que otros. Sobre todo porque son ellos los que se la juegan, paga el pato y hasta se ahogan cuando se tercia; nunca, o casi nunca, los cerdos de secano atrincherados en despachos de armadores, fletadores y sociedades interpuestas en paraísos fiscales sin olvidar a tantísimas autoridades marítimas funcionarios corruptos, que son quienes de ven retuercen las leyes, hacen negocio sin mojarse, trincan del mar una tela marinera.



El piloto largó amarras

Se ha muerto Paco el Piloto, y yo no estaba. No pude ir. No pude verlo. No lo sabía. Me telefonearon lejos, a Italia, para contarme que estaba listo de papeles. «Muy malico», resumió la hija. Cáncer. Cuando los médicos le abrieron el asunto, se lo volvieron a cerrar y se fumaron un pitillo. Nada que rascar, Paco. Así que lo metieron en un hospital de Cartagena, a esperar. Entonces lo supe. Estaba en Milán mientras el Piloto agonizaba, y no podía volver hasta una semana más tarde. «No me llama ni se acuerda de mí», fueron sus palabras. Y se murió creyéndolo. Cuando telefoneé y pude hablar con su mujer, él estaba en la cama con la mascarilla de oxígeno, y ya no se enteró de nada. Se fue al desguace pensando que no me acordaba de él. Al enterarme, llamé a Paco Escudero, de la tele local, que es un periodista respetado y mi hermano de toda la vida, desde que traducíamos juntos *Arma virumque cano*. Está palmando el Piloto, dije. No tiene remedio y no sé si aguantará hasta que yo vuelva; pero quiero que la gente sepa que ha muerto un tío como Dios manda. Un hombre de bien, un marino y una leyenda. Y a él le habría gustado saber que no casca ignorado como un perro. Que lo recuerdo y que lo recordamos. Tranquilo, dijo Paco, que es un señor. Yo me encargo.

Ahora Telecartagena me ha mandado la cinta que emitió en el informativo, y en ella veo al Piloto con su piel atezada, los ojos azules y el pelo rizado y blanco, algo más gordo que en los años de mi adolescencia, pasear conmigo por el puerto, beber cerveza en el bar Sol, en la Obrera y en el Valencia, o pararse ante el gran bar de la calle Mayor cuando acababa de salir *La carta esférica*, aquella novela sobre el mar y sobre los marinos donde al Piloto lo llamé Pedro en vez de Paco, pero donde todo Cristo pudo reconocerlo en los gestos, palabras y silencios. Aunque eso de los silencios ya era relativo; porque en los últimos tiempos el Piloto se había vuelto más hablador que de costumbre. Los años, quizá: saber que te vas poco a poco, y hay cosas que no has soltado nunca y quisieras no llevártelas dentro. El Piloto era uno de los últimos supervivientes de otra época: cuando los hombres se ganaban la vida en los puertos trabajando en lo que podían, trampeando, contrabandeando un poquito si era preciso, viviendo siempre, además de sobre una movediza cubierta de barco, en el foso margen exterior de la legalidad vigente. No tenía estudios, pero sí la profunda sabiduría del

Mediterráneo cuyo sol y salitre le habían impreso miles de arrugas en torno a los ojos. Sabía de mar y de la vida; que, como él decía, son iguales uno que otra. Quizá en los últimos años se había vuelto más hablador para echar afuera los diablos que le dejaron dentro las autoridades portuarias, y el ayuntamiento, y las normas legales la madre que parió a todos quienes lo obligaron malvender el barco con el que se ganaba la vida dejándolo a él en tierra, jubilado forzoso a veinticuatro mil cochinas pesetas de pensión al puto mes. Ahí reconozco a cierta gente de mi tierra. Hace un par de años propuse a las personas adecuadas comprar yo mismo el barco del Piloto y restaurarlo - costaba sólo cuatro duros- y que ellos lo colocaran en algún sitio, con el compromiso de conservarlo para que no se perdiera ese modesto trocito de la historia portuaria de Cartagena. Pero les importó un carajo, y pasaron del barco igual que habían pasado de su patrón; y El Piloto, que así se llamaba en realidad el otro barco que aparecía con el nombre de *Carpanta* en mi novela -el Piloto era hijo de un marinero también apodado Piloto y nieto de Paca la Pilota- se pudrió al sol varado en el muelle comercial, y nunca más de él se supo.

Por eso hoy escribo estas líneas para recordar a mi amigo. Al navegante de piel atezada y ojo azules que parecía recién desembarcado del Argo, que me llamaba zagal y que me guió por el mar color de vino. El hombre con quien saqué ánforas romanas que llevaban dos mil años abajo. El zorro mediterráneo que me enseñó a pescar calamares al atardecer, frente a la Podadera, con la misma naturalidad que a contrabandear tabaco rubio y whisky. El marinero que en el Cementerio de los Barcos sin Nombre me dio el primer cigarrillo y dijo que los hombres y los barcos debería hundirse en el mar antes que verse desguazados en tierra. Hoy escribo para atenuar el remordimiento de no haber estado allí para ayudarlo a largar amarras en su último viaje y gritarle mientras se alejaba del muelle, lo que nunca le dije: que era el amigo leal, valiente y silencioso que todo niño desea tener mientras pasa las páginas de libros del mar y de la aventura.



Patente de corso por Arturo Pérez-Reverte

El pitillo sin filtro

Ocurrió hace demasiado tiempo. Cuarenta y dos o cuarenta y tres años, por lo menos. Para un mozalbeta fascinado por el mar y los barcos, Cartagena era territorio propicio. A veces me escapaba de clase en los maristas aprovechando la hora del recreo, e iba al puerto, respirando el olor característico de todo aquello —brea, hierro, estachas húmedas, viento salino— mientras escuchaba el campanileo de drizas y el flamear de gallardetes y banderas. A veces pasaba así el resto de la mañana, entre los hombres quietos y silenciosos que miraban el horizonte tras los faros de la bocana, o aguardaban con una caña, los ojos fijos en el corcho que flotaba en el agua al extremo del sedal. Siempre me fascinó la inmovilidad de esa gente que miraba el mar; y yo, dispuesto a creer que todos eran viejos marinos que rumiaban sus nostalgias de puertos exóticos y temporales, me quedaba junto a ellos, sentado en un noray oxidado y poniendo cara de tipo duro, sintiéndome uno más. Soñando con irme un día.

Fue por entonces cuando conocí a Paco el Piloto, luego amigo fiel y personaje literario de *La carta esférica*, cuya noble camaradería tanto influyó en mi vida marinera. Y con él, a muchos otros personajes portuarios, típicos de una época desaparecida en este siglo de contenedores y puertos informatizados, fríos y geométricos; habituales del lugar que se buscaban la vida entre los tinglados del muelle y los barcos que iban y venían, recalando a todas horas en las tabernas cercanas. Fue allí donde, aún casi criatura y con el poco dinero que mis padres me

asignaban los domingos, fumé mis primeros Celtas y Bisontes y pagué las primeras cañas de mi vida, a gente que, apoyada en un mostrador de mármol, contaba historias que yo consideraba formidables: trapicheos portuarios, contrabandos, barcos, naufragios, viajes inventados o reales. Ya no hay puertos así, como digo, ni gente como aquella, capaz de enseñarte a robar un plátano de los tinglados, a entalingar sedal y anzuelo o a ganar la voluntad del aduanero al que le vas a meter, bajo las narices, tres botellas de whisky y seis cartones de rubio americano.

Trapicheos, contrabandos, naufragios inventados o reales. Ya no hay puertos así, ni gente como aquella

Uno de mis recuerdos más vivos corresponde a un episodio concreto, e ignoro por qué se me fijó en la memoria. Los barcos mercantes amarraban en el muelle comercial, y los de guerra frente al monumento a los héroes de Cavite. Y allí, junto a los habituales destructores y minadores españoles, se situaban también los visitantes extranjeros: norteamericanos de la VI flota, franceses, ingleses e italianos. Gente que hablaba lenguas aún extrañas para mí, y que bajaba a tierra con sus uniformes azules o blancos, ruidosos, inquisitivos y simpáticos; pues no había nada más simpático —o eso me parecía entonces— que un grupo de marineros uniformados bajando por la escala y dispersándose, alborozados, por tierra firme. Otros se quedaban a bordo: los que

estaban de guardia o no tenían permiso. Y quienes rondábamos por el puerto nos acercábamos a los barcos para observarlos o charlar con ellos.

Aquel día había un destructor norteamericano abarloado al muelle, y yo contemplaba sus modernas superestructuras y cañones. Cerca había tres o cuatro individuos de esos que nunca sabías qué hacían por allí: flacos, morenos, el aire curtido. Fumaban y se entendían desde tierra, por señas, con los marineros yanquis apoyados en la batayola del destructor. En ésas, uno de los españoles sacó un paquete de tabaco negro, sin filtro, y ofreció uno al marinero que estaba más cerca. Lo encendió éste, hizo remedo de toser, y tras darse golpecitos en el pecho agitó una mano, admirado del áspero sabor de aquel humo. Después, sonriendo, ofreció al hombre de tierra uno de los suyos, que era rubio emboquillado, como entonces se decía. Entonces, el español —típico fulano portuario, chaqueta raída, muy moreno

de piel y con un tatuaje en el dorso de la mano— cogió el cigarrillo e hizo algo que lo grabó para siempre en mis recuerdos: antes de encenderlo, con ademán despectivo, muy masculino y superior, arrancó el filtro del pitillo. Luego se lo llevó a los labios, la cabeza algo inclinada y el fósforo protegido en el hueco de las manos, y aspiró profundamente el humo mientras miraba impasible al norteamericano. «Para señoritas», dijo. Y yo, admirado, con toda la inocencia de los doce o trece años, el pantalón corto, el bocadillo del cole a medio comer, pensé que en ese momento quedaban vengados, ante mis ojos, Santiago de Cuba, Cavite y Trafalgar. ■

www.xlsemanal.com/perezreverte

John Meade
Falkner

Prólogo de ARTURO PÉREZ-REVERTE

EL DIAMANTE DE
MOONFLEET



zenda  aventuras



EL DIAMANTE DE MOONFLEET

John Meade Falkner

Prólogo de
ARTURO PÉREZ-REVERTE

zenda  aventuras

Prólogo

El diamante de Moonfleet



Hace más de medio siglo pisé por primera vez la arena fría de la bahía de Moonfleet, y volver a ella ha sido como abrir una puerta a los recuerdos lejanos, aunque nítidos, de alguien que, como John Trenchard, protagonista de esta historia, aún deambulaba por el mundo de los libros y los sueños sin establecer fronteras entre unos y otros. El mar junto al que transcurrió aquella primera juventud era camino de inicio, acicate de cada aventura que nacía de aquellos libros y cobraba vida en los ojos y la imaginación vivísima del chiquillo soñador, flaco y tostado por el sol, cuyas obligaciones escolares eran nada más que un paréntesis inevitable entre historias leídas e imaginadas.

Desde pequeño, ese muchacho al que recuerdo aprendió a descifrar las señales del mar, familiarizado con sus duros temporales en invierno y sus largos atardeceres cárdenos en verano, cuando vagabundeaba, también como el joven Trenchard, descalzo y moreno entre las rocas de la playa, moviéndose con agilidad de experto, a pesar del verdín resbaladizo, a la caza de ballenas blancas, pergaminos cifrados, ron de contrabando y cangrejos huidizos en las lagunillas que cubría y descubría el oleaje, entre las piedras calientes y las madejas de algas muertas.

Fascinado por el mar y los barcos, el puerto solía ser otro de los territorios propicios al que escapaba aquel muchacho para respirar el olor de la aventura: brea, hierro viejo, viento cargado de sal, humedad de las estachas, mientras escuchaba el campanileo de las drizas y el flamear de las banderas. Miraba alrededor observando a los hombres singulares que poblaban tales orillas, marinos a la espera de barco, estibadores en una taberna, silenciosas sombras con los ojos fijos en el corcho flotante al extremo de un sedal. Y adivinaba en sus rostros el de esos viejos bucaneros de Moonfleet regresados de largas singladuras por mares embravecidos y puertos exóticos, que se habían hecho a la mar para volver con los ojos llenos de nostalgias y las manos vacías de tesoros. Sentado en un noray oxidado del puerto, el chiquillo tenía la certeza de que eso también le ocurriría a él. Sabía que no estaba lejos el día en el que, mochila al hombro, cruzaría la línea del horizonte, más allá de los faros de la bocana, para buscar su propio diamante de Barbanegra, cuyo secreto escondite había logrado averiguar gracias a aquel libro. Tan sólo necesitaba un viejo zorro de mar como leal compañero; un Elzevir con canas en la barba y cicatrices en la piel y la memoria, que lo acompañara en la aventura. Y para su fortuna, lo tuvo.

Todos lo llamaban El Piloto, y así fue como aquel chico lo llamó siempre, hasta su lejana muerte. Tenía la piel curtida como cuero viejo, el pelo blanco e intacto, rizado, y los ojos azules bordeados de cientos de arrugas que el sol y el salitre le habían impreso. Se ganaba la vida en los puertos trabajando en lo que podía, trampeando, contrabandeando cuando era preciso; viviendo siempre, además de sobre una movediza cubierta de barco, en la frontera, fascinante para el muchacho, de la legalidad vigente. Tenía para eso una

lancha a motor que se llamaba como él, en la que ese viejo lobo marino había visto de todo: la mar pegando de verdad, cuando Dios ruge su cólera, y esos largos y rojos atardeceres mediterráneos en que el agua es un espejo y la paz del mundo es tu paz.

Junto a aquel Elzevir real, de carne y hueso, el joven émulo de John Trenchard emprendió el camino sin regreso hacia la aventura y la vida, creciendo en lecturas, pasiones y experiencias. Fue el Piloto quien le enseñó a pescar calamares al atardecer, frente a la Podadera, con la misma naturalidad que a contrabandear tabaco rubio y whisky. Con él también pisó por primera vez aquellos bares de puerto, lugares con hombres curtidos que bebían solos y en silencio, apoyados los codos en mostradores de mármol o madera salpicados de círculos húmedos de alcohol y tiempo; idénticos, en su imaginación, a los de aquella otra taberna de nombre ¿Por Qué No? regentada por Elzevir: nido de contrabandistas aventureros, sobre cuya barra el viejo truhán limpió y lloró el cadáver de su hijo muerto.

El Piloto lo acompañó un buen trecho de juventud, y a su lado el muchacho vio cosas que solo había vivido en forma de literatura, como aquel día de temporal gris y asesino, idéntico al que solía azotar la costa de Dorset, frente a la línea blanca de los rompientes de Moonfleet, cuando las olas perdían el color turbio amarillento que les daba el atardecer y se encrespaban como grandes montañas negras con un copete blanco con el que parecían querer envolver las velas destrozadas de los barcos sin rumbo. Aquel día de oleaje gris, el muchacho estuvo junto al Piloto en la bocana del puerto pensando en los hombres de Moonfleet y mirando a otros marineros luchar contra el mar por sus vidas mientras intentaban ganar el abrigo del puerto, vacilantes y minúsculos,

tan frágiles entre montañas de agua y rociones de espuma, avanzando a duras penas con el estertor de sus motores a media máquina. Había mujeres enlutadas y sus críos allí, en silencio, intentando adivinar quién no regresaría jamás. Y entonces el Piloto, con la eterna colilla a un lado de la boca, las miró de reojo y, discretamente, casi con embarazo, aquel hombre rudo y analfabeto, educado en la dureza de la vida y del mar, se quitó la gorra. Por respeto.

Pero, sin duda, el recuerdo más intenso que el muchacho conservó del viejo marino —casi tan diáfano como si lo hubiese leído hoy mismo, entre las páginas de *El Diamante de Moonfleet*— fue el del Cementerio de los Barcos sin Nombre: un desguace de barcos frente al que el Piloto, muy tranquilo, lió para aquel chico el primer cigarrillo de su vida y le dio, en pocas palabras, una gran lección : «Los hombres y los barcos, zagal, deberían hundirse en el mar antes que verse desguazados en tierra».

Después, unos pocos años más tarde, el tiempo y la vida los obligaron a separarse, lejos uno del otro, sin dar oportunidad al muchacho de ayudar al viejo marino a largar amarras en su último viaje, como en la historia escrita por Meade Falkner. El muchacho, que ya no lo era y navegaba sus propios mares, habría querido, como John Trenchard, sentarse a esperar en la orilla del mar que tanto amaban a que éste le devolviera su cadáver, pero no pudo ser. Y lamentó no haber podido decirle antes del final lo que nunca le dijo: que era el amigo leal, valiente y silencioso que todo niño desea tener mientras pasa las hojas de los libros hermosos.

Por eso ahora, repasando de nuevo estas páginas de *El diamante de Moonfleet*, escribiendo estas líneas que son al mismo tiempo introducción e íntimo recuerdo, siento

que de alguna manera he cumplido con el **compañero** y el amigo leal. Porque en mi memoria, el **Piloto** sigue siendo fiel trasunto de aquel Elzevir valiente que dio la vida por su amigo; por el joven de ojos soñadores que vuelvo a ser, pese al tiempo transcurrido, cada vez que releo esta historia de amistad y aventura.

Arturo Pérez-Reverte



EL DIAMANTE DE
MOONFLEET

Elogiada en la brillante construcción de sus personajes por Conrad, de ella dijo R. L. Stevenson: «*Moonfleet* es la novela que siempre quise escribir, pero lo único que pude hacer fue *La isla del tesoro*».

Un siglo después, Georges Remi (Hergé) reconocería el paralelismo de sus famosos personajes Tintín y Haddock con los protagonistas de *Moonfleet*: John Trenchard, muchacho sediento de aventuras, y su compañero Elzevir, el viejo lobo de mar, contrabandista y bebedor de ron.

La furia del deseo de vivir del joven muchacho frente a la ternura de verse continuado en él por parte del viejo marino traza fuertes líneas maestras en esta historia de acción en la que no falta ningún elemento para saciar el hambre de aventuras: un fantasma, una pista escrita en el medallón de un cadáver, un tesoro oculto, un contrabandista bebedor, un joven soñador, una belleza seductora, un asesinato, una huida, un traidor, una venganza, un naufragio, un regreso. Y el mar como paisaje engañoso, añorado, cruel, que acuna la narración con la inevitable melodía de la gran literatura clásica. Pero lo que convierte *El diamante de Moonfleet* en una obra maestra universal es algo mucho más difícil de conseguir: su autor, Meade Falkner, queriendo contar la aventura de unos hombres, terminó construyendo una historia sobre el ser humano.

**«Todo lector es, en su corazón,
un lector de libros de aventuras».**

Arturo Pérez-Reverte



zenda
aventuras

